



Introducción a la semana

Lun
28
Oct
2019

Evangelio del día

Trigésima semana del Tiempo Ordinario
Hoy celebramos: San Simón y San Judas Tadeo (28 de Octubre)

“Escogió a doce de ellos, y los nombró apóstoles”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 2, 19-22

Hermanos:

Ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios. Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular. Por él todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado al Señor. Por él también vosotros entráis con ellos en la construcción, para ser morada de Dios, por el Espíritu.

Salmo

Sal 18, 2-3. 4-5 R/. A toda la tierra alcanza su pregón

El cielo proclama la gloria de Dios,
el firmamento pregona la obra de sus manos:
el día al día le pasa el mensaje,
la noche a la noche se lo susurra. R/.

Sin que hablen, sin que pronuncien,
sin que resuene su voz,
a toda la tierra alcanza su pregón
y hasta los límites del orbe su lenguaje. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 6, 12-19

En aquellos días, Jesús salió al monte a orar y pasó la noche orando a Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, escogió de entre ellos a doce, a los que también nombró apóstoles: Simón, al que puso de nombre Pedro, y Andrés, su hermano; Santiago, Juan, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el de Alfeo, Simón, llamado el Zelote; Judas el de Santiago y Judas Iscariote, que fue el traidor. Después de bajar con ellos, se paró en una llanura con un grupo grande de discípulos y una gran muchedumbre del pueblo, procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón. Venían a oírlo y a que los curara de sus enfermedades; los atormentados por espíritus inmundos quedaban curados, y toda la gente trataba de tocarlo, porque salía de él una fuerza que los curaba a todos.

Reflexión del Evangelio de hoy

Sois ciudadanos del pueblo de Dios y miembros de la familia de Dios

El texto de Pablo de esta primera lectura de la fiesta de los apóstoles Simón y Judas, es de una notable novedad, a la vez que afirma una honda consideración de la persona humana a la luz del Evangelio. La novedad es suprimir el concepto de “forastero”, de “extraño” al pueblo, que pertenecía a la esencia de la cultura y religión judía. Se universaliza la familia de Dios, todo ser humano pertenece al “pueblo elegido”, título que los judíos reservaban para ellos. La fe cristiana es quien lo debe hacer entender.

Y junto a esto el texto aplica lo que Jesús había anunciado cuando dijo: “destruid este templo y lo reedificaré en tres días...refiriéndose a su cuerpo”. A partir del cuerpo de Jesús, la cabeza de él, que diría Pablo, el verdadero templo de Dios está construido no con piedras, sino con personas humanas. Todas ellas son, diría también el apóstol, templos del Espíritu Santo. El Espíritu santo es quien constituye la Iglesia fundada por Cristo a partir de los apóstoles: éstos son los

cimientos de ese templo. El templo de Jerusalén sería destruido, pero el templo de Dios seguiría en la Iglesia. Eso sí, en la medida que sea fiel a la idea fundacional de Jesús de Nazaret, y deje que se haga presente su, como diría el P. Congar, co-fundador, el Espíritu santo, y mantenga como cimientos a los apóstoles.

Escogió a doce de ellos, y los nombró apóstoles

Lucas nos dice que antes de la elección de los apóstoles “se pasó la noche orando”. Fue para Jesús una decisión reflexionada y orada. Una decisión, pues, a la que dio máximo relieve. Serían los elegidos quienes de inmediato iban a continuar su misión. Y por ellos los destinatarios relevantes de su magisterio, testigos de su vida y de su resurrección. Ellos habían de ser los que “predicaran el evangelio a todos los pueblos”. Sobre ellos edificaría su Iglesia, como hemos visto que dice Pablo.

La estructura eclesial señala a los obispos como los sucesores de los apóstoles. Los obispos presiden la Iglesia particular, que no es un trozo de la Iglesia, sino la totalidad de la Iglesia vivida en un espacio concreto. Es decir: la fe de Cristo vivida y testificada en el lugar en que viven sus fieles. La fiesta de los apóstoles es invitación a sentir la Iglesia en su dimensión católica, universal, allí donde nos encontramos. Sentir la Iglesia es estar unidos a quienes continúan la labor “apostólica”, nuestros obispos, allí donde nuestra vivir se realiza. Pero sin reducir el vivir cristiano a ese lugar, sino con mirada hacia el resto del mundo. De ese modo se consideran realización concreta de la Iglesia, que es universal. No puede haber comunidad cristiana que no sea misionera, que no sepa salir de sus exclusivos intereses localistas. Incorporar la fe de los apóstoles, es tener sentido de Iglesia. Algo necesario ante el peligro de tanto pietismo egoísta, o corto de alcance, que no ve ni siente su ser cristiano más allá de sí mismo o del grupo eclesial al que pertenece.



Fray Juan José de León Lastra
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

San Simón y San Judas Tadeo

San Simón

Aparece en las listas de los Apóstoles junto con San Judas. En la de Marcos y Mateo aparece primero Judas y luego Simón, y en la de Lucas y Hechos, primero Simón y luego Judas. La liturgia romana celebra conjuntamente, el día 28 de octubre, la festividad de ambos apóstoles.

El único dato cierto respecto de Simón es que es uno de los Doce Apóstoles elegidos por Jesucristo para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar (Mc 3, 13). En las listas de Marcos y Mateo aparece, al final de las mismas, después de Judas Tadeo y antes de Judas Iscariote; con el apelativo «el cananeo» (Mc 3, 18; Mt 10, 4). En las de Lucas y Hechos aparece mencionado después de Santiago el de Alfeo y antes de Judas de Santiago; con el apelativo «el zelota» (Lc 6, 15; Hch 1, 13).

El «cananeo» de Mc 3, 13 y Mt 10, 4 y el «zelota» de Lc 6, 15 y Hch 1, 13, son diversas traducciones del mismo término arameo que 'na'. Este término no significa habitante de Canaán (como en Mt 15, 22) sino «zelota», celoso, como traducen Lucas y Hechos. [Aunque] Difícilmente se puede concluir de la denominación de Simón como «zelota» que lo fuese en el sentido revolucionario socio-político del movimiento zelota. El término podría también interpretarse en sentido religioso: celoso por la ley y las prácticas del culto mosaico. Con este sentido se lo aplica a sí mismo San Pablo: celoso por las tradiciones paternas» (Ga 1, 14), «lleno de Celo por Dios» (Hch 22, 3). Simón podría haber sido un judío celoso por la ley y las tradiciones judaicas, celo que después transformó en ardiente celo por el Reino predicado por Jesucristo.

Nada sabemos con seguridad sobre en qué lugares predicó el Evangelio y el final de su vida. Según una tradición abisinia habría predicado en Samaria y habría sido después obispo de Jerusalén. Según la tradición recogida en el Breviario Romano habría predicado en Egipto, luego en Mesopotamia y Persia, junto con San Judas apóstol, donde habría sufrido el martirio, Murió según unos crucificado, según otros habría sufrido el martirio de la sierra. De una y otra forma lo representan las antiguas reproducciones iconográficas. La iglesia griega y copta celebran su fiesta el 10 de mayo.

Refiere la leyenda que los templos de la ciudad de Suamir estaban poblados de ídolos. Simón y Judas fueron apresados: el primero fue conducido al templo del Sol, el segundo al de la Luna, con el fin de que les prestasen adoración. Pero ante la presencia de los apóstoles de Cristo los ídolos se derrumbaron estrepitosamente. De sus deshechas figuras salieron, gritando rabiosamente, los demonios en forma de etíopes. Los sacerdotes paganos despedazaron a los apóstoles. El azul del cielo enluteció y una tempestad hizo perecer a una gran multitud de gentiles. El rey, convertido al cristianismo, levantó un suntuoso templo, donde reposaron los cuerpos de los santos apóstoles hasta que fueron trasladados a la Basílica de San Pedro de Roma.

San Judas Tadeo

En las listas de los Doce Apóstoles aparece: en la de Marcos y Mateo después de Santiago de Alfeo y antes de Simón el Cananeo, en ambos con el nombre de «Tadeo» (Mc 3, 18; Mt 10, 3). En la de Lucas después de Simón el Zelota y antes de Judas Iscariote (Lc 6, 16) y en la de Hechos después de Simón el Zelota y cierra la lista, una vez que quedó excluido Judas el traidor (Hch 1, 13); en ambas denominado Judas de Santiago. La denominación «Tadeo» en Marcos y Mateo y la «Judas de Santiago» en Lucas y Hechos pretenden, sin duda, distinguirlo de Judas Iscariote.

San Juan refiere el único episodio evangélico en que interviene Judas (14, 22). Explicando Cristo, en la noche de la Cena, a sus discípulos que quien guarda sus mandamientos es quien realmente le ama y que él a su vez le amará y se manifestará a él, Judas, en un acto de amor al prójimo, le interrumpe con la pregunta: «¿Cómo es que tienes que manifestarte a nosotros y no al mundo?». Cristo le responde que quien le ama a él, será amado por el Padre y que el Padre y él harán morada en el que le ama. Judas tal vez pensaba en una manifestación esplendorosa que asombrara al mundo. Cristo en cambio en la que se realiza por la fe y comunión con Cristo. En la actitud de Judas puede verse grandeza de corazón y celo apostólico. Algunos códices de la antigua versión latina lo denominan Judas «zelota» o «celante», el apelativo que todas las listas atribuyen al apóstol Simón.

A Judas se atribuye la breve y última de las Cartas Apostólicas. ¿Fue él realmente el autor de la misma? Así lo creyó la antigua tradición y continúan afirmándolo exegetas de nuestros días. Pero el autor de la carta se presenta como «Judas, siervo de Jesucristo, hermano de Santiago» (v. 1). Éste no puede ser otro que Santiago el Menor, obispo de Jerusalén, conocido como «hermano» del Señor, muerto hacia el año 62 y cuya relevante personalidad deja entrever San Pablo (Ga 1, 19; 2, 9; 1 Co 15, 7). La misma carta sugiere que su autor no está entre los Doce: en el saludo no reivindica el título de apóstol, sino que se presenta de un modo más general como «siervo de Jesucristo». La carta atribuida a Judas es «una carta breve, pero penetrada toda ella de divina sabiduría» (Orígenes). Pretende poner en guardia frente a quienes ponen en peligro la integridad de la fe e inducen a actitudes libertinas.

Sobre su actividad apostólica, Nicéforo Calixto dice que Predicó en varias regiones de Palestina (Judea, Galilea, Samaria, Idumea), después en las ciudades de Arabia, en todo el territorio de Siria y Mesopotamia y, por último, en Edesa donde murió (Ecclesiasticae Ilistoriae, II, XL:PG 145, 864 ss.). La tradición recogida en los martirologios romanos, el de Beda y el de Ación, y a través de San Jerónimo y San Isidoro, San Judas y San Simón fueron martirizados en Persia. También el Breviario Romano dice que evangelizó Mesopotamia y Persia y que murió mártir. Reliquias de San Judas se veneran en Reims y Toulouse, en Francia. A propósito de San Simón hemos referido la leyenda que une los destinos finales de ambos.

La liturgia latina celebra su fiesta conjuntamente con la de San Simón Tadeo, el día 28 de octubre. La Iglesia griega celebra la fiesta de San Judas el día 18 de junio. Se le venera en Austria y sobre todo en Polonia. También en España y en América Latina goza del favor de cierta religiosidad popular.

Gabriel Pérez Rodríguez

Mar
29
Oct
2019

Evangelio del día

Trigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Impar
Hoy celebramos: San Joaquín Royo (29 de Octubre)

“¿A qué lo compararé?”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 8, 18-25

Sostengo que los sufrimientos de ahora no pesan lo que la gloria que un día se nos descubrirá. Porque la creación, expectante, está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios; ella fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por uno que la sometió; pero fue con la esperanza de que la creación misma se vería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy la creación entera está gimiendo toda ella con dolores de parto. Y no sólo eso; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la hora de ser hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvados. Y una esperanza que se ve ya no es esperanza. ¿Cómo seguirá esperando uno aquello que ve? Cuando esperamos lo que no vemos, aguardamos con perseverancia.

Salmo

Sal 125,1-2ab.2cd-3.4-5.6 R/. El Señor ha estado grande con nosotros

Cuando el Señor cambió la suerte de Sión,
nos parecía soñar:
la boca se nos llenaba de risas,
la lengua de cantares. R/.

Hasta los gentiles decían:
«El Señor ha estado grande con ellos.»
El Señor ha estado grande con nosotros,
y estamos alegres. R/.

Que el Señor cambie nuestra suerte,
como los torrentes del Negueb.
Los que sembraban con lágrimas
cosechan entre cantares. R/.

Al ir, iba llorando,
llevando la semilla;
al volver, vuelve cantando,
trayendo sus gavillas. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 13, 18-21

En aquel tiempo, decía Jesús: «¿A qué se parece el reino de Dios? ¿A qué lo compararé? Se parece a un grano de mostaza que un hombre toma y siembra en su huerto; crece, se hace un arbusto y los pájaros anidan en sus ramas.» Y añadió: «¿A qué compararé el reino de Dios? Se parece a la levadura que una mujer toma y mete en tres medidas de harina, hasta que todo fermenta.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Hoy se nos regala una palabra: ESPERANZA

En Romanos 8 San Pablo nos muestra la palpable realidad de que la vida del hombre sobre la tierra es lucha, tribulación, dolor.

Cuando nace un bebé, lo primero que escuchamos de él es su llanto. El paso de la seguridad del seno materno a una etapa nueva de su vivir es doloroso, incierto... Su instinto le hace prorrumpir en llanto.

Y lo último que solemos ver cuando un ser querido nos deja es una lágrima en sus ojos.

En ese tiempo intermedio que llamamos vida, ¿qué puede suceder? Es nuestro personal camino hacia la meta que Dios nos ha prometido, camino que en su primer trayecto suele recorrerse bastante ligeramente, pero en el que, poco a poco, vamos tropezando con sus piedras, sus dificultades que hemos de solventar, en definitiva con el dolor, con los padecimientos.

Y Pablo nos asegura que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria que en Cristo se nos ha prometido. Podríamos entretener nuestra reflexión en dilucidar sobre la gloria... pero no. Prefiero reflexionar en el porqué de esa seguridad.

Y es que de ese mismo anhelo del caminante por superarse y alcanzar la meta, participa toda la creación que “fue sujeta a la vanidad no por propia voluntad, sino por aquél que la sometió”.

Y bien, ¿qué es lo que hace que nos mantengamos en pie, con firmeza, sobre todas las dificultades?

También es Pablo el que nos lo dice con toda claridad: “La esperanza en que fuimos salvados”. Y ¿cómo podemos esperar en aquello que no vemos? Porque confiamos en Aquél que nos ha hecho la promesa, en la Palabra de Cristo-Jesús.

Y es por eso que podemos cantar con el salmo 125: “Cuando el Señor cambió la suerte de Sión...”. Alabanza, alegría, gratitud... Es un salmo que nos posibilita expresar esos sentimientos que brotan de un corazón en el que habita la ESPERANZA.

¿A qué lo compararé?

Y Lucas en el Evangelio nos habla del reino: “¿A qué lo compararé?”.

Y al reflexionar sobre ello se me ocurre una respuesta para cada una de las semejanzas que Jesús elige:

_ “Al grano de mostaza...”: a una vida, aunque sea muy pequeña e insignificante, entregada hasta el límite, que permanece oculta-enterrada para tener fuerza y poder dar vida. Y los que estamos llamados a vivir el evangelio debemos ser así, sin apariencias ir dando vida en torno nuestro porque se nos está dando “del árbol de la vida”, de Cristo, en su Palabra y en sus Sacramentos. Semilla que desaparece y transforma por la fuerza de Cristo, siendo capaces de fortalecer e iluminar a los que nos rodean.

_ “A la levadura que fermenta toda la masa”: basta una pequeña parte de levadura para que se produzca la fermentación total.

Si es Cristo la levadura en nuestras vidas; si es Él quien guía nuestros pasos e informa nuestras acciones, cualquier pequeño movimiento de nuestro corazón hacia los demás puede estar propiciando la extensión del Reino.

La levadura solo puede fermentar la masa si se hace una con ella. Sólo el Amor une y transforma. Sólo el Amor fortalece el REINO. Sólo desde la hondura de una fraternal y compartida vivencia de Dios, de su Amor, se puede hacer frente a la disgregación.

Caminemos pues, viviendo en la Esperanza hasta alcanzar el logro de la plenitud del Reino, dejando atrás toda aflicción y dolor, superados por la gloria prometida.



Sor María del Rosario Hernández O.P.
Convento de Santo Domingo (Zaragoza)

San Joaquín Royo

El día 3 de octubre de 1691, los esposos Joaquín Royo y Mariana Pérez llevaban a bautizar a su hijo recién nacido, al que le impusieron el nombre del padre. La iglesia parroquial de Hinojosa de Jarque (Teruel) fue escenario de la entrada de Joaquín Royo Pérez en la Iglesia de Jesucristo, a quien dedicó toda su vida y por quien daría hasta su última gota de sangre.

A los dieciocho años dio una respuesta clara a lo que desde niño sentía como una llamada de Dios: ser religioso, sacerdote, misionero. En 1709 se dirigió al convento de los dominicos de Nuestra Señora del Pilar en Valencia, en el que pocos meses después tomaría el hábito de la Orden de Predicadores. En el corto tiempo que estuvo en su convento, noviciado y primeros estudios eclesiásticos, dio muestras de una vida llena de Dios, que se manifestaba en la oración, en la vida común y en sus crecientes deseos de ser enviado a tierras de misión en el Extremo Oriente.

El día 17 de septiembre de 1712 zarpaba rumbo a Filipinas, en compañía de San Pedro Mártir Sans, que sería obispo y compartiría la palma del martirio, y otros profesos dominicos que continuaron su formación eclesiástica durante la larga travesía marítima y la terminaron en Manila.

Después de su ordenación sacerdotal, fray Joaquín Royo fue destinado a las misiones de China, hacia donde partió en junio de 1715. Tras una breve estancia en Macao, llegaba a su misión: Fogan. No lejos de Amoi, la populosa ciudad de Chuen-Cheu, fue el primer destino del joven misionero. Allí pudo comprobar lo abundante que era la mies, y lo escaso de sus fuerzas. Y buscó en la oración la fuerza sobrenatural sin la cual nada podía. El ejemplo de su virtud, la entrega incondicional a hacer el bien a todos y su celo apostólico hicieron lo demás: conversiones de miles de paganos que daban la espalda a los ídolos y comenzaban una nueva vida de cara al único Dios y a su enviado, Jesucristo.

Las provincias de Kiang-Si y Che-Kiang estaban desatendidas desde la expulsión de los misioneros. Y allí fue enviado fray Joaquín Royo en 1717. Los viejos cristianos, que tanto deseaban la asistencia espiritual del misionero, celebraron con entusiasmo la llegada del padre Royo, y le animaron a conquistar para Cristo a muchos de sus paisanos. Allí permaneció hasta 1722, año en que fue nombrado vicario provincial de Fukien, cuando la persecución de todo lo que llevara el nombre de cristiano estaba llegando a entremos preocupantes.

Desde su llegada a la misión de Ki-Tung, fray Joaquín Royo tuvo que llevar una vida errante, en continuo peligro, escondiéndose como un malhechor. Siguiendo el consejo de los cristianos de Ki-Tung, el vicario provincial se escondía en desvanes, en alacenas, incluso en sepulcros vacíos del cementerio, de donde salía por la noche para ejercer el ministerio clandestinamente. Para las fiestas de Navidad de 1745, disfrazado de campesino chino, volvió a la misión y se alojó en casa de dos terciarias dominicas, Rosa y Juliana. Desde allí, con toda precaución, podía administrar lo sacramentos, catequizar, animar a los cristianos abatidos, informarse del estado de los misioneros, de los que era responsable, como vicario provincial. En una pesquisa que los soldados llevaron a cabo en la casa de Rosa y Juliana estuvo a punto de ser descubierto, pero logró escapar y esconderse entre dos tabiques. Allí fue descubierto por los soldados que derribaron toda la casa.

Atado con una soga al cuello, lo condujeron al capitán, a quien, respondiendo a sus preguntas, le dijo con toda serenidad que tenía cincuenta y cuatro años, de los que treinta y uno había estado en China, a donde había ido a predicar la ley de Dios.

Fue llevado a la cárcel. La oración, que había sido durante toda su vida la fuerza de su existencia, lo fue con mayor razón en la dura prisión, en la que sufrió en propia carne los famosos martirios chinos, hasta su muerte.

El día 28 de octubre de 1748, terminó su peregrinación por este mundo de la manera más cruel. Estando echado en el suelo, le taparon la cara con una pasta compuesta de papel, huevos y aguardiente, que le taponaba completamente la boca y la nariz. Un testigo relata el final: "Tiramos sobre su cara un saco de cal, nos pusimos de pie sobre su cuerpo, y sólo pudo dar seis palpitations. Así expiró". Su cuerpo fue quemado el día 29 de octubre, y los restos, arrojados al osario de los malhechores. Cuando fue posible, cristianos valerosos se hicieron con las venerables reliquias del mártir aragonés.

La beatificación solemne de Joaquín Royo y otros mártires dominicos la presidió León XIII el 14 de mayo de 1893. Y Juan Pablo II, en una de las más emotivas celebraciones -no exenta de polémica- del Jubileo del Año 2000, el 1 de octubre canonizaba a ciento veinte mártires de China, entre quienes estaba San Joaquín Royo, el protomártir de China, San Francisco Fernández de Capillas y otros misioneros y cristianos chinos.

Fr. José A. Martínez Puche O.P.

“Señor, ¿serán pocos los que se salven?”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 8,26-30:

El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que escudriña los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, y que su intercesión por los santos es según Dios. Sabemos también que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien: a los que ha llamado conforme a su designio. A los que había escogido, Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito de muchos hermanos. A los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los justificó; a los que justificó, los glorificó.

Salmo

Sal 12,4-5.6 R/. Yo confío, Señor, en tu misericordia

Atiende y respóndeme, Señor, Dios mío;
da luz a mis ojos para que no me duerma en la muerte,
para que no diga mi enemigo: «Le he podido»,
ni se alegre mi adversario de mi fracaso. R/.

Porque yo confío en tu misericordia:
alegra mi corazón con tu auxilio,
y cantaré al Señor
por el bien que me ha hecho. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 13,22-30

En aquel tiempo, Jesús, de camino hacia Jerusalén, recorría ciudades y aldeas enseñando.

Uno le preguntó: «Señor, ¿serán pocos los que se salven?»

Jesús les dijo: «Esforzaos en entrar por la puerta estrecha. Os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. Cuando el amo de la casa se levante y cierre la puerta, os quedaréis fuera y llamaréis a la puerta, diciendo: "Señor, ábrenos"; y él os replicará: "No sé quiénes sois." Entonces comenzaréis a decir: "Hemos comido y bebido contigo, y tú has enseñado en nuestras plazas." Pero él os replicará: "No sé quiénes sois. Alejaos de mí, malvados." Entonces será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán, Isaac y Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y vosotros os veáis echados fuera. Y vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios. Mirad: hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo

En este texto de la carta a los Romanos, Pablo va a responder a una pregunta crucial para los cristianos de sus comunidades y para nosotros hoy: ¿Cómo es posible que el creyente estando ya justificado y teniendo las primicias del Espíritu, siga viviendo en medio de tanto sufrimiento? El Apóstol siguiendo con su discurso y teniendo presente la condición de creatura de toda persona, reflexiona sobre dos cuestiones fundamentales para el cristiano en el camino de la salvación.

En primer lugar, Pablo nos dice cómo actúa el Espíritu en nosotros. Él es el que viene en ayuda de nuestra debilidad porque no sabemos orar, o más bien, no sabemos pedir lo que nos conviene. Nuestro conocimiento es limitado para comprender el profundo designio de amor de Dios para cada uno de nosotros. Por ello, el Espíritu intercede en nuestro favor con “gemidos inefables”, es decir, traduce nuestras palabras humanas a las palabras de Dios. Esto no significa que la oración del creyente sea superficial o ineficaz y no llega al Padre, sino que el Espíritu es la fuerza que nos ayuda y sostiene. Su presencia en nosotros permite a Dios ser Él mismo, en medio de nuestros deseos, anhelos y esperanzas.

En segundo lugar, los cristianos somos proyecto y elección de Dios. Todo llamado ha sido “introducido” en una relación personal y particular con Dios basada en la comunión, no por nuestros méritos, sino por pura gracia y amor de Aquel que es. Pablo hace un despliegue de los momentos de la salvación que abren a toda persona a la esperanza.

Primeramente, Dios escoge de antemano, luego viene la realización de ese proyecto en la llamada, la justificación y la glorificación. Esos son los “actos” de Dios. La vida del cristiano está llamada a ser imagen de Cristo, abiertos a la dinámica del Espíritu que vive en nosotros y sabiéndonos elegidos de Dios.

Señor, ¿serán pocos los que se salven?

Comienza con este relato de Lucas la segunda parte del viaje de Jesús hacia Jerusalén, lugar de su pasión. El evangelista nos cuenta que el Señor atravesaba ciudades y pueblos enseñando el tema principal de su predicación: el Reino de Dios.

El evangelio nos sorprende hoy con tres dichos de Jesús (el evangelio de Mateo también los contiene, pero diseminados a lo largo de su relato), a propósito de una pregunta que uno del público le hace sobre el número de los que van a salvarse. Para el judaísmo todos los israelitas, incluso los ignorantes de la ley tenían derecho a la salvación. Por tanto, la pregunta va dirigida a saber la opinión de Jesús sobre el número de los salvados del pueblo de Israel. Este oyente no contempla la posibilidad de que los no judíos puedan salvarse.

La respuesta de Jesús no tiene que ver con el número de salvados sino con la actitud y las opciones que elige cada persona. Pertenecer o no al pueblo de Israel no da la seguridad de la salvación, sino el seguimiento en el camino de Jesús. El Maestro va a utilizar tres dichos para dar una enseñanza sobre el tema de la salvación:

Entrad por la puerta estrecha, es decir por el camino estrecho y difícil que no todos eligen. Camino que implica, en consecuencia, elección, opción libre, esfuerzo, constancia, lucha, porque muchos querrán entrar y no podrán. El esfuerzo no supone acumular acciones y méritos en beneficio propio, sino escuchar la palabra de Dios y ponerla en práctica. Entrar en la comunidad de Jesús implica adherirse a su persona y asumir su proyecto como algo esencial y valioso para el creyente.

La puerta cerrada, habla del dueño de la casa que ha cerrado la puerta y los que se han quedado fuera y quieren entrar comienzan a llamar. La imagen nos recuerda la entrada a las ciudades con sus dos puertas en la muralla, una para los carruajes y otra más pequeña para las personas, pero ambas están cerradas. Algunos de los que se han quedado fuera consideran que es un error, han llegado tarde, se les ha echado la noche encima y llaman queriendo entrar. La doble respuesta negativa del dueño “no sé quiénes sois” era la fórmula utilizada por los judíos para declarar la exclusión de la comunidad. No basta haber oído o comido con Jesús, lo verdaderamente importante es la relación de amor de cada discípulo con Él.

Llanto y rechinar de diente no es la imagen de un castigo eterno. En el banquete del Reino estarán sentados Abraham, Isaac, Jacob, los profetas y muchos gentiles provenientes de todas las latitudes, mientras que los herederos de las promesas que no han creído en Jesús se quedarán fuera. De ahí el llanto y la desolación de quienes se creían primeros en el Reino de Dios, pero se están quedando fuera del camino del Señor.

Lucas cierra su relato con una sentencia paradójica que muestra que los valores del Reino de Dios no coinciden con los valores del mundo, donde prevalece el deseo de los primeros puestos. Pero aún estamos a tiempo, todavía podemos hacernos últimos, con los últimos y sumarnos al número de los salvados. Eso es lo que Dios quiere *¿estamos todos dispuestos?*



Hna. Carmen Román Martínez O.P.
Congregación de Santo Domingo

Jue

31

Oct

2019

Evangelio del día

Trigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Hoy y mañana seguiré curando”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 8, 31b – 39

Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? ¿Dios, el que justifica? ¿Quién condenará? ¿Será acaso Cristo, que murió, más aún, resucitó y está a la derecha de Dios, y que intercede por nosotros? ¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?: ¿la aflicción?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?, como dice la Escritura: «Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a

ovejas de matanza.» Pero en todo esto vencemos fácilmente por aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Salmo

Sal 108,21-22.26-27.30-31 R/. Sálvame, Señor, por tu bondad

Tú, Señor, trátame bien, por tu nombre,
líbrame con la ternura de tu bondad;
que yo soy un pobre desvalido,
y llevo dentro el corazón traspasado. R/.

Socórreme, Señor, Dios mío,
sálvame por tu bondad.
Reconozcan que aquí está tu mano,
que eres tú, Señor, quien lo ha hecho. R/.

Yo daré gracias al Señor con voz potente,
lo alabaré en medio de la multitud:
porque se puso a la derecha del pobre,
para salvar su vida de los jueces. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 13, 31-35

En aquella ocasión, se acercaron unos fariseos a decirle: «Márchate de aquí, porque Herodes quiere matarte.» Él contestó: «Id a decirle a ese zorro: "Hoy y mañana seguiré curando y echando demonios; pasado mañana llego a mi término." Pero hoy y mañana y pasado tengo que caminar, porque no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalén. ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como la clueca reúne a sus pollitos bajo las alas! Pero no habéis querido. Vuestra casa se os quedará vacía. Os digo que no me volveréis a ver hasta el día que exclaméis: "Bendito el que viene en nombre del Señor."»

Reflexión del Evangelio de hoy

Vencemos en aquel que nos ha amado

En la carta a los Romanos, San Pablo pregunta por aquellos acontecimientos de la vida que pueden apartarnos del amor de Cristo. Nos pregunta por situaciones límites en nuestra vida como la angustia, la persecución, el peligro, la desnudez, la espada, el hambre.

Una situación límite, es aquella que pone a prueba nuestra capacidad de superación y supervivencia. En lo profundo de nuestro camino, no creo que mayores cosas que éstas puedan hacernos perder la esperanza.

Según el texto paulino de hoy, ninguna de estas situaciones podrá apartarnos del amor de Cristo. Cristo y su amor supera cualquier vicisitud. Cristo y su amor nos capacitan para vencer cada situación límite que se nos presente. En todo, dice el apóstol, vencemos en aquel que nos ha amado. Cristo y su amor es la razón de nuestra victoria sobre esas contrariedades profundas e injustas que a veces vivimos. Pero si nos mantenemos fuertes se disipará toda angustia que podamos vivir.

Cristo nos ha amado hasta el extremo, muriendo en una cruz, y lo ha hecho perdonándonos de todo pecado. Si nos vemos con hambre Él supo lo que era el hambre en el desierto. Si nos vemos que sobre nuestras cabezas se cierne la espada, Él vivió la persecución, la opresión, la mentira, la traición, el abandono, el juicio, la condenación, la burla, los azotes, la cruz y la muerte. Todo lo vivió por una razón de amor, y con la convicción de que el Padre estaba con Él.

Después de todo esto, ¿quién puede apartarnos de su amor? La respuesta es nada, ni nadie. Cristo vivió convencido que por amor vivió y por amor murió. Una vida entregada y donada en razón del amor.

Hoy y mañana seguiré curando

A Jesús no le amedrentaban las amenazas, ni le paralizaba el peligro que debía correr su suerte. En unas ocasiones tenía que abrirse paso entre la multitud que pretendía despeñarlo por un monte, en otras sortear la pretensión de todo poder político o religioso para aniquilarlo.

Era consciente de que su misión era llevar a todos a la salvación. Una misión que le supuso muchos peligros. El miedo no le paralizó.

Él era consciente de que moriría a causa de la Palabra de Dios, por el Reino de Dios. Pero tenía una actitud comprometida frente a la muerte. De ahí que las palabras de Lucas hoy resuenen con más sentido: **Hoy y mañana seguiré curando.**

Jesús se muestra así: Mientras me quede un hálito de vida, voy a cumplir mi misión: la de curar a los enfermos que no encuentran sentido a su caminar. Hoy y mañana seguiré curando a cuantos lisiados del alma encuentre en mi camino. No hay poder que pare este impulso. No hay poder que me amedrente en la misión de llevar a Dios a todos los encarcelados y esclavizados por las razones que la vida nos muestra con un color injusto. Dios no puede quedar callado, ni quieto. Su misión es acercarse, acompañar, curar, sanar en todo tiempo, en el presente y en el futuro.

Jesús se lamenta por la ciudad de Jerusalén que mata y apedrea a los profetas, no han sido pocas las veces en que ha querido reunir al pueblo en torno a Dios, pero el pueblo sigue matando y aniquilando.

Con el anuncio de su pasión, Jesús sigue su camino de predicación y curación, no puede esconder la gracia que le viene de Dios ¡Bendito el que viene el nombre del Señor! seguirá siendo nuestra alabanza.



Fray Alexis González de León O.P.

Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

El día **1 de Noviembre de 2019** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).

Sáb Evangelio del día

2
Nov
2019

Trigésima semana del Tiempo Ordinario

Hoy celebramos: Conmemoración de todos los fieles difuntos (2 de Noviembre)

“Dios cumple siempre sus promesas”

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 21, 1-5a. 6b-7

Yo, Juan, vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar ya no existe.

Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén que descendía del cielo, de parte de Dios, preparada como una esposa que se ha adornado para su esposo.

Y oí una gran voz desde el trono que decía: «He aquí la morada de Dios entre los hombres, y morará con ellos, y ellos serán su pueblo, y el "Dios con ellos" será su Dios». Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto, ni dolor, porque lo primero ha desaparecido.

Y dijo el que está sentado en el trono: «Mira, hago nuevas todas las cosas. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tenga sed yo le daré de la fuente del agua de la vida gratuitamente. El vencedor heredará esto: yo seré Dios para él, y él será para mí hijo».

Salmo

Sal 24, 6. 7b. 17-18. 20-21 R/. A ti, Señor, levanto mi alma

Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas;
acuérdate de mí con misericordia,
por tu bondad, Señor. R/.

Ensancha mi corazón oprimido
y sácame de mis tribulaciones.
Mira mis trabajos y mis penas
y perdona todos mis pecados. R/.

Guarda mi vida y líbrame,
no quede yo defraudado de haber acudido a ti.
La inocencia y la rectitud me protegerán,
porque espero en ti. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 3, 20-21

Hermanos:

Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo.

Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérselo todo.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 11, 17-27

Cuando Jesús llegó a Betania, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Betania estaba poco de Jerusalén: unos quince estadios; y muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María para darles el pésame por su hermano.

Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedó en casa. Y dijo Marta a Jesús:

«Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá».

Jesús le dijo:

«Tu hermano resucitará».

Marta respondió:

«Sé que resucitará en la resurrección en el último día».

Jesús le dijo:

«Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?».

Ella le contestó:

«Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo».

Reflexión del Evangelio de hoy

Dios cumple siempre sus promesas

En este día de los difuntos, podemos recordar la frase de un buen cristiano: "Dios no cumple siempre nuestros deseos, pero cumple siempre sus promesas". Porque como nos dice San Pablo: "Dios tiene poder para cumplir lo que ha prometido". A poco que conozcamos a Dios, nos damos cuenta de que todas sus promesas coinciden con los deseos más profundos de los seres humanos. Recordemos, en este día de los difuntos, tres de nuestros deseos que se ven satisfechos por nuestro Padre Dios y su Hijo Jesús.

Uno de nuestros deseos es que nuestros seres queridos no mueran, permanezcan siempre a nuestro lado. El amor pide presencia, pide la presencia continua a nuestro lado de las personas a las que amamos. Pero este deseo nuestro no se cumple en este primer tiempo de nuestra existencia. De ahí nuestro sentimiento de dolor y sufrimiento ante la muerte-ausencia de los que queremos. Pero Dios, que cumple siempre sus promesas, nos asegura que este deseo nuestro se va a ver cumplido con la promesa fuerte de Jesús de Nazaret, nuestro Maestro y Señor: "Yo soy la resurrección y la vida el que cree en mí no morirá para siempre". Nosotros y nuestros seres queridos vamos a disfrutar en un segundo tiempo de la vida y para toda la eternidad.

Otro de los deseos que alberga nuestro corazón es vivir la plenitud y no la mediocridad. Estamos hechos para la PLENITUD y no para la mediocridad. ¿Quién no ha sentido en su corazón, en medio de tanta mediocridad que nos rodea, el deseo de plenitud en el amor, en la verdad, en la justicia, en...? Jesús nos asegura que esas ansias de plenitud y de eternidad se van a realizar. Que el mal, el desengaño, el absurdo, la nada, la muerte... no van a tener la última palabra. "Y habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, donde el llanto y el dolor no van a existir". Nuestro destino es la vida y la vida en plenitud. Nunca la muerte.

Otro de nuestros más íntimos deseos es que se nos perdone siempre y que se nos ame siempre, con un amor incondicional. Jesús nos ha prometido que al final del primer tramo de nuestra vida nos vamos a encontrar con Él mismo. Es Él el que nos va a juzgar. Tenemos una gran suerte. No nos vamos a ser juzgados por jueces humanos que, aunque intenten hacerlo bien, pueden equivocarse. Tenemos la gran suerte de que nos va a juzgar Jesús, el hijo de Dios, el que acoge y perdona a Pedro, a Pablo, a la Samaritana, a María Magdalena... a todo el que se acerca a él, y que nos está esperando para darnos una buena noticia: "Venid, benditos de mi Padre a disfrutar del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo".

Una buena lección se desprende de todo lo dicho: Para un cristiano, para el que se ha encontrado con Jesús, el secreto de la felicidad consiste en vivir la vida humana de acuerdo a los deseos de Jesús, en acomodar nuestros deseos a los deseos de Jesús

En este día de los difuntos, volvamos a recordar e insistir en una de las grandes noticias que Jesús nos ha dado. Nuestra historia no termina en la nada, en el vacío, en la muerte. Nuestra vida termina bien. Estamos enrolados en una historia de salvación y no de perdición y de fracaso. Es la gran promesa de Cristo Jesús. Nos podemos fiar de Él.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.

Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Conmemoración de todos los fieles difuntos

Síntesis teológica de la celebración

El sentido pascual de la muerte de los fieles es muy evidente y su luz se debe reflejar en los formularios y en la piedad de los fieles ante la celebración de la conmemoración de los difuntos.

La fe de los cristianos en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y en su acción creadora, salvadora y santificadora, culmina en la proclamación de la resurrección de los muertos al final de los tiempos para la vida eterna. Por ello los justos, después de su muerte vivirán para siempre con Cristo resucitado, cuando él los resucitará en el último día.

Efectivamente, como afirma San Pablo, si el Espíritu de aquel que ha resucitado a Cristo de los muertos habita en nosotros, así aquel que ha resucitado a Cristo de entre los muertos, dará la vida también a nuestros cuerpos mortales por medio del Espíritu que habita en nosotros. Cristo es el principio y causa de nuestra futura resurrección (cf. Rm 8, 11; 1Co 15, 20-22; 2Co 5, 15).

Dios, que de hecho puede crear de la nada, puede también dar la resurrección, la vida del cuerpo, pues es él mismo el que da la vida a los muertos y llama a la existencia lo que todavía no existe (Rm 4, 17; Flp 3, 8-11).

La Iglesia, ya desde sus mismos orígenes, vive con la convicción de su comunión con los difuntos y por ello ha mantenido con gran piedad la memoria de los difuntos, ofreciendo por ellos sus sufragios. Esto se afirma ya en el Antiguo Testamento: Es una idea piadosa y sana rezar por los difuntos para que sean liberados del pecado» (2M 12, 45).

Nuestra oración por ellos se actúa especialmente por el ofrecimiento del sacrificio de la Eucaristía (CM', n. 1371). También son sufragios las limosnas, las obras de penitencia y las indulgencias, que tienen su eficacia a partir del ministerio de la Iglesia, cuando aplica en casos concretos los méritos o satisfacción de Cristo y de los santos (CIC, nn. 1471, 1476).

De esta forma la Iglesia puede no sólo ayudar a los difuntos, desgravándoles de la pena temporal debida por los pecados para que puedan llegar a la visión beatífica de Dios, sino también hacerlos eficaces intercesores por los que aún viven (CIC, nn. 958, 1032, 1414, 2300).

De hecho, la comunión de los que aún «peregrinan» en la tierra («parroquianos») con los fieles que han muerto en la paz de Cristo, no sólo no se rompe, sino que, conforme a la fe perenne de la Iglesia, se consolida en la comunicación de bienes espirituales.

La fe ante la muerte no incluye solamente el hecho de que se puede ayudar a los difuntos que están todavía purificándose antes de poder entrar en la visión beatífica, sino que debe recordar fuertemente la venida final de Cristo glorioso y nuestra resurrección corporal.

En ese «momento» se llevará a cabo la restauración de todas las cosas, como afirman San Pedro y San Pablo (1Ic 3, 19-21; Rm 11, 15) y la resurrección de los cuerpos, y se hará el juicio a los vivos y a los muertos, revelando el secreto de las conciencias y dando, conforme a las obras hechas, la gloria o la condena. Será entonces cuando se forma definitivamente el Cristo total (Ef 4, 13).

El centro de nuestra fe es la resurrección de Cristo y, por lo tanto, nuestra resurrección personal (1Co 15, 12-14.20). La historia de esta afirmación central de la fe cristiana ha tenido una revelación progresiva. Consta claramente en la afirmación del segundo libro de los Macabeos (7, 9-14), que se fundamenta en el hecho de ser Dios creador del hombre todo entero, cuerpo y alma y, asimismo, por su alianza con Abrahán y su descendencia, como Dios de vivos y no de muertos (Mc 12, 24.27). Cristo en su buena noticia insiste numerosas veces en que él es la resurrección y la vida (Jn 11, 25).

Es Jesús el que resucitará en el último día a los que han creído en él y habrán participado de su Cuerpo y de su Sangre. Aunque, después de la muerte, el cuerpo se deshaga en el polvo, el alma va al encuentro con Dios.

Dios en su omnipotencia, por la misma fuerza que actuó en la resurrección de Cristo, restituirá nuestro cuerpo definitivamente a una vida incorruptible, uniendo a él de nuevo el alma que lo «espera». Todos los hombres resucitarán, los que hicieron el bien para una resurrección de vida y los que hicieron el mal para una resurrección de condena (Jn 5, 29).

El cuerpo en la resurrección será tal como es el de Cristo resucitado, un cuerpo «glorioso» como el que contemplaron físicamente los apóstoles de Cristo resucitado (Lc 24, 39; 1Co 15, 35-37.42.53).

Para resucitar con Cristo es necesario morir con Cristo, es necesario salir del cuerpo, como en exilio, y habitar junto al Señor (2Co 5, 8; Flp 1, 23). Después llegará el día de la resurrección de los muertos.

Es necesario caer en la cuenta de que en el más allá no existe el tiempo tal como se «contabiliza», o se experimenta en la tierra, en nuestro mundo de ahora. Por tanto, por muchos miles de millones de años «nuestros» que esperemos la resurrección corporal, eso no cuenta mínimamente en la felicidad mayor o menor de los bienaventurados en el cielo, ni de los que se purifican en el purgatorio (Santo Tomás, Comm. IV Sent. D. 5, q. 3, a.2. r. 4).

Todo este sentido positivo debe iluminar la conmemoración de los fieles difuntos, y nuestra fe, esperanza y caridad sobre el destino definitivo personal y el de todos los difuntos.

El momento mismo de la muerte de los fieles debe estar lleno de la fe viva de la Iglesia. La Iglesia entrega en las manos de Dios al que va a morir. Los cuerpos de los muertos se tratan con respeto y caridad, por la fe en la seguridad de la resurrección, ya que es el cuerpo de los que son hijos de Dios y templos del Espíritu Santo (CIC; n. 2300).

Igualmente la Iglesia como comunidad saluda y «despide», dice: «Salud» a un miembro suyo antes de su sepultura y lo coloca en el sepulcro o lo entierra (Rin-humareu) en espera de la resurrección. El nombre castellano de «cementerio» («coemeterium», en latín), proviene del verbo griego «koimao», «dormir» y significa materialmente «dormitorio», o lugar donde se duerme en espera de la resurrección.

Los fieles nunca más se separarán en el futuro, porque vivirán en Cristo y como ahora están unidos a Cristo y caminan a su encuentro, así estarán definitivamente todos unidos en Cristo. La muerte es nuestro encuentro con el Dios viviente. Los que han muerto en Cristo viven para siempre (CJC, nn. 1609, 2299-2300).

Antolín González Fuente, O.P.

El día **3 de Noviembre de 2019** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).